

Breve encuentro con los otros

Relatos periodísticos



Kristian Antonio Cerino





Kristian Antonio Cerino

Es académico y periodista. Hizo estudios de Comunicación y Docencia en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (UJAT), y de Literatura Hispanoamericana en la Universidad Veracruzana. Ha publicado artículos sobre Literatura y Periodismo en Costa Rica, Colombia y México. Es Coautor de los libros: *El hombre que se convirtió en espejo*, publicado por la Universidad de Guadalajara (2012), y de *Mundial de futbol Brasil 2014*, por la Universidad de Colima (2015). Ha ganado premios de periodismo en el género de Crónica (2004, 2005 y 2006), y el Premio Tesis UJAT (2012). Ha sido becario en la Fundación Prensa y Democracia (PRENDE) y en la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI). Fue finalista del Premio Internacional Las Nuevas Plumas 2011. Actualmente escribe un ensayo sobre la obra narrativa del escritor colombiano Álvaro Mutis.

Breve encuentro con los otros

Relatos periodísticos

C O L E C C I Ó N

JOSÉ PAGÉS LLERGO

Comunicación y Periodismo

Guillermo Narváez Osorio
Rector

Breve encuentro con los otros

Relatos periodísticos

Kristian Antonio Cerino



Biblió
fagos



UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO



ALTAZOR
EDICIONES

Primera edición, 2023

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura
Colonia Magisterial, C.P. 86040
Villahermosa, Centro, Tabasco

Para su publicación esta obra fue aprobada por el sistema de “revisión abierta” por pares académicos. Los juicios expresados son responsabilidad del autor.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Diseño de portada y diagramación: Fernando Ramos Bedoy
Obra de portada: *El viajero* de Darío Villasís
Fotografía de solapa: Lázaro de la Cruz

ISBN UJAT: 978-607-606-629-4

ISBN Bibliófagos: 978-607-59381-2-7

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

Índice

Epígrafe	7
Dedicatoria	9
Prólogo: <i>Pues siga usted escribiendo</i>	13
Gabo y Gaba	19
El Gabo que soñó ganar el Premio Nobel	21
La voz de Gaba	29
Gabriela Gutiérrez Lomasto: La cronista indomable	33
Entre cristos y danzantes	47
La procesión acuática del Cristo negro	49
Los gritos del Baila Viejo	59
La danza de la eternidad, la legendaria batalla entre David y Goliat en Cúlico	69



Cuando me paro a reflexionar sobre mis viajes por el mundo, viajes que se han prolongado durante muchos, muchos años, a veces tengo la impresión de que las fronteras y los frentes, así como las penalidades y los peligros propios de estos viajes, me han producido menos inquietud que la incógnita, siempre presente y renovada a cada momento, de cómo transcurriría cada nuevo encuentro con los Otros, con esas personas extrañas con las que me toparía mientras seguía mi camino. Pues siempre supe que de ese encuentro dependería mucho, muchísimo, si no todo. Cada uno de ellos era una incógnita: ¿cómo empezaría?, ¿cómo transcurriría?, ¿en qué acabaría?

Ryszard Kapuściński

Encuentro con el Otro.

*Para Tere y mis hijos, Teresita,
Diego y Mili, por abrazarme
y mantenerme en pie.*

*Para mis padres y hermanos, por
el camino recorrido en la margen del río.*

*Para Jaime Ruiz Ortiz, por leer y editar
los relatos, y por su amistad inquebrantable.*

*Para Mario Cerino Madrigal, profesor y amigo
que leyó el manuscrito e impulsó su publicación.*

*Para Darío Villasís, artista extraordinario, por mostrarme la
pintura y ofrecerme su amistad, misma que atesoro.*

Algunos de los textos que leerá a continuación fueron publicados en medios electrónicos e impresos, y uno de ellos en un libro, de 2012 al 2023. “*La danza de la eternidad*”, la *legendaria batalla entre David y Goliat en Cúlico*, es un texto inédito que el autor comparte con los lectores de *Breve encuentro con los otros*.

Prólogo:
Pues siga usted escribiendo
Jaime Ruiz Ortiz

Kristian Antonio Cerino es un escritor, periodista, gran lector y uno de los maestros más influyentes dentro de la carrera de Comunicación en la UJAT, pues seguido me he encontrado alumnos que describen con pasión y alegría la profunda influencia que éste ha ejercido sobre su formación profesional. Periodista combativo, que considera que la crónica y en general el periodismo narrativo algún día podrán salvar al mundo. Aunque ha publicado artículos sobre literatura y periodismo, en Colombia, Costa Rica y México, ya comenzaba a tardarse en sacar a la luz su primer libro de crónicas e historias.

A continuación, algunos aspectos sobre el autor y su obra:

Hace más de veinticinco años, él y yo entramos a estudiar la carrera de Comunicación en la UJAT. Lo recuerdo un poco bajo de estatura, un poco claro de color, delgado hasta decir ya basta.

A paso firme y rápido, acudía caminando entre voces y miradas hacia las aulas de la DAEA, siempre sonriendo y saludando. Aquel joven inquieto y a la vez relámpago en reposo, practicaba fútbol y ensayaba sueños en las paredes de su mente. Una gota suave de sudor viajaba en su sien en aquellos días. Así lo recuerdo.

A sus 16 años, era en la Universidad el estudiante más joven que muchos de nosotros hubiésemos conocido. Casi un

niño, su voz delgada se asemejaba a la de los personajes de las caricaturas japonesas no muy bien dobladas al español.

El tiempo, siempre el tiempo, jugaba dados traviosos en la inquietud de Kristian, y el tiempo, los actos y los acontecimientos, terminaron siendo su vocación...

Un poco más tarde, quiso explorar el mundo en la radio y en el periodismo. Al principio de la carrera, y adelantándose un poco al servicio social, tocó algunas puertas, entre ellas la de los hermanos Sibilla Oropesa, a quienes les pidió la oportunidad para hacer algunas prácticas en el programa *Telereportaje*.

Ahí aprendió más sobre redacción de notas, sobre la atención al público y a los invitados, sobre la inmediatez de la noticia, entre otros menesteres relacionados con la comunicación. Ahí conoció a doña Gaba: Gabriela Gutiérrez Lomasto, la Cronista de la ciudad de Villahermosa, a quien contemplaba tras el cristal de la cabina de radio, cuando ella “con sus lentes de anciana”, se asomaba a su vieja libreta de apuntes y con ella abría las puertas de la imaginación, de la nostalgia y muchas ventanas de recuerdos.

Su breve amistad con doña Gaba, a quien escuchaba desde la adolescencia en un viejo radio que tenía su papá en la ranchería el Río, en Jalpa de Méndez, lo marcó. Tanto así que en este libro la retrata a dos tiempos.

Kristian Antonio Cerino nace un 10 de noviembre, al igual que el poeta José Gorostiza, autor de *Muerte sin fin*, y como el Gabo de este libro. Desde muy joven se metió en la cabeza que iba a ser periodista.

Ya egresado, y cuando se dedicaba de manera profesional al periodismo, era de los pocos reporteros que desde su trinchera criticaba a los políticos y altos funcionarios: “Sabía acomodar la espina”, exponer ideas y argumentos, mientras que la mayoría se distraía con los temas oficiales. Lo hizo desde sus portales *Salida de emergencia* y *Libreta de mar*, donde alcanzaba miles de visitas cada semana.

Lector voraz, disciplinado: devorador de libros. En su modesta y nutrida biblioteca en su casa ubicada en el centro de Jalpa de Méndez, encontramos un pequeño santuario donde reinan sus libros que constantemente están cambiando de lugar, como los del *Lobo estepario* o *El extranjero*, de Hesse y Camus, debido al uso: “Los de periodismo, los de crónica, los de teoría literaria y periodística; ensayo, poesía y cuento”, indica paciente y amablemente. Y en otro apartado están aquellos donde publica artículos, ensayos, prólogos de libros, crónicas... y —¿por qué no?— también poemas.

Por las mañanas, antes de que cante el sol, se levanta y lee algunas páginas de una novela, y por las noches repasa un libro de cuentos. Por ejemplo, cuando va a hacer fila para pagar algo en el banco, o a realizar un trámite en alguna institución, suele endulzar el tiempo de espera con la lectura de unos cuantos poemas.

Platica que Ryszard Kapuściński, Julio Villanueva Chang, Alberto Salcedo Ramos, Günter Wallraff, Truman Capote, Gay Talese, Tom Wolfe, Leila Guerriero, Marcela Turati, Elena Poniatowska, son algunos de sus cronistas de cabecera, de igual forma Juan Villoro y Carlos Monsiváis. Entre sus lecturas sobre el oficio periodístico, están también las del argentino Rodolfo Walsh, el colombiano Gabriel García Márquez y Manuel Gutiérrez Nájera, de México, sin dejar de mencionar a los autores que propician el viaje: Salgari, Stevenson, Conrad, Mutis, y muchos otros; lecturas que lo fueron formando como periodista, como escritor y como constructor de historias.

Mientras los demás se enfocaban en los boletines, en la rueda de prensa y en las entrevistas de banqueta, Kristian Antonio Cerino miraba hacia otros horizontes, rastrea otras fuentes, escarbaba en pozos distintos, ocultos, en busca de memorias: Buscaba la tristeza bajo la máscara del bailarín, bajo el timbre postal de la carta equívoca y no escrita

para Gabriel García Márquez; entre el sol del mediodía y los brillantes rostros llenos de sudor, de las señoras que observan el Baila Viejo, escuchó historias entre cánticos que acompañaban a la procesión acuática del Cristo negro, y las escribió con alegría y pasión.

Traía “el brazo caliente”, y sus crónicas y entrevistas aparecían en distintos medios, tanto estatales como nacionales, y en su andar gastando suelas y bolígrafos por el mundo de las historias y perfiles de los personajes, obtuvo, en el 2004, el Premio Estatal de Periodismo, a los 24 años de edad y, al poco tiempo, le fue otorgado el Premio Nacional de Periodismo “José Pagés Llergo”, en el género de crónica (2005), cuando Cerino apenas tenía 25 años. Cabe decir que fue finalista del Premio Internacional Las Nuevas Plumas 2011, Premio Tesis UJAT 2012, y parte de su obra aparece en los libros *El hombre que se convirtió en espejo* y *Mundial de fútbol Brasil 2014*, entre otros.

Recuerdo sus legendarias crónicas sobre El Capitán Beuló, en su último viaje que realizó este barco desde el río Grijalva hasta el lugar donde ahora *descansa*, la interminable crónica sobre El hombre del overol, Chico Che, donde entrevista a sus familiares, recreando la vida del artista, sus canciones y anécdotas: una entrevista memorable. No hay que hacer a un lado textos como Pomuch: el lugar donde no le temen a la muerte (crónica que ha sido citada en reportajes en distintos medios nacionales e internacionales), y Silvituc: Bailar entre cerdos, entre muchos otros más.

“Con ese material que tienes podrías publicar al menos tres libros de crónicas”, —le decía yo a Cerino en tono un poco de broma, pero tomaba el asunto con tranquilidad. Hoy al fin se animó...

El libro que tiene usted entre sus manos, *Breve encuentro con los otros, relatos periodísticos*, contiene seis textos que

oscilan entre la entrevista y la crónica, entre el ensayo y el perfil, que el autor publicó entre el 2012 y 2023 en distintos medios impresos y electrónicos.

Hay que decir también que *Breve encuentro con los otros*, es un libro que tiene una lógica: que viene desde adentro, desde Villahermosa, desde Jalpa de Méndez, desde Tabasco, nuestro Macondo tropical. Y es tan sólo el aviso de algo más grande que está por suceder y se cocina “en las paredes de la mente” de este cronista. Un pase a gol para un *encuentro con el otro*, ese “otro libro” que tarde o temprano encontrará la luz. De eso estoy seguro.

Breve encuentro con los otros es un libro de periodismo cultural, tan necesario en nuestros días. Es una imagen, una fotografía, una crónica de un instante interminable, que se detiene, avanza y retrocede, en busca de la eternidad.

—Y a usted le leen —le preguntó en alguna ocasión el poeta tabasqueño Ciprián Cabrera Jasso, autor de *Los dones del insomnio* y miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

—Sí —le debió haber contestado el joven cronista aquella vez.

Y el poeta de la barba blanca, le dio a manera de regalo este consejo:

—Pues siga usted escribiendo.

Jaime Ruiz Ortiz; Villahermosa, 1975. Es Licenciado en Comunicación por la UJAT. Escritor, periodista, locutor de radio, promotor cultural. Director de la editorial *Altazor* y de Casa Alebrijes Centro Cultural. Es coautor de los libros: *José Carlos Becerra. Los Signos de la búsqueda*, ensayos sobre el poeta José Carlos Becerra. *Lo que diga el poeta*, ensayos sobre Carlos Pellicer. Está incluido en la *Nueva antología de poetas tabasqueños contemporáneos*. Ha publicado los libros de entrevistas: *El agua tiene memoria* (2012), y *El hombre que inventó la oscuridad* (2014).

Gabo y Gaba

El Gabo que soñó ganar el Premio Nobel

Abrió una carta. Abrió dos. Abrió todas. Gabriel García Márquez recibió correspondencia de Argentina, de Colombia, de Costa Rica. Era el principio de la década de los ochenta.

Entre los sobres encontró dinero, invitaciones, boletos de avión. Así pasó entre días, meses, años en su oficina de la Ciudad de México. Carta con su nombre, carta que abría. Mas no eran para él.

Gabo nació el 10 de noviembre de 1952. El lector dirá que estoy equivocado en la fecha y más si escribo unas cuantas líneas en las que diré que no nació en Aracataca, Colombia, como se lee en las biografías. Gabriel García Márquez es de Francisco Z. Mena, municipio mexicano en el estado de Puebla, en las colindancias con Veracruz.

Aquí vivió muchos años. Y no vivió entre relatos mágicos. Y no vivió con un Macondo metido en su mente. En Francisco Z. Mena, una población hoy con 16 mil habitantes, permaneció hasta la adolescencia para después emigrar a la preparatoria, en la que empezó a leer *Cien años de soledad*.

Tenía 17 años cuando la obra cumbre del escritor colombiano se publicaba en Buenos Aires.

En 1968, un año posterior a la publicación de *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez estudiaba —apenas— la preparatoria en la Ciudad de México. Dicen que lo primero que hace el escritor a la circulación de su novela, es no volver a leerla.

Este Gabo leyó una y otra vez:

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos...

A *Cien años de soledad* le siguió *Crónica de una muerte anunciada* y *El coronel no tiene quien le escriba*. De nuevo, Gabriel pasó sus ojos una y otra vez por los párrafos de estas novelas:

El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5.30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo. Había soñado que atravesaba un bosque de higuerones donde caía una llovizna tierna, y por un instante fue feliz en el sueño, pero al despertar se sintió por completo salpicado de cagada de pájaros...

El coronel destapó el tarro del café y comprobó que no había más de una cucharadita. Retiró la olla del fogón, vertió la mitad del agua en el piso de tierra, y con un cuchillo raspó el interior del tarro sobre la olla hasta cuando se desprendieron las últimas raspaduras del polvo de café revueltas con óxido de lata...

—He leído el noventa por ciento de sus libros—dice con sobriedad.

Podríamos decir que a Gabriel García Márquez le gustó la idea de que su nombre y apellidos se leyeran en la portada

de un libro y que los estudiantes lo compraran en las librerías o en cualquier rincón. Sintió emoción.

En la preparatoria La Salle conoció a Aureliano Buendía y a Úrsula Iguarán. Le conocieron también por su nombre: Gabriel García Márquez, el escritor.

En la Universidad Iberoamericana su nombre era el más citado. Si en la preparatoria se había afianzado a la lectura, en la carrera profesional de Derecho descubrió una inclinación por la fotografía, la literatura y la poesía. Gabo empezó a tener amigos y lectores. Sin embargo, es curioso que sólo acumule unos cuantos años en el periodismo.

Ahora que lo veo de frente, Gabriel García Márquez no aparenta 86 años. Él me corrige: “Tengo 61”. Siempre ha vivido en ciudades de la República Mexicana: en Xalapa, Veracruz, y en Coatzacoalcos, al igual que en Villahermosa, Tabasco.

Lo mejor es que pasa inadvertido. Nadie le reconoce, a menos que diga: *Mi nombre es Gabriel García Márquez*. Gabo.

Desde luego que este Gabriel García Márquez es el otro Gabriel García Márquez. Un mexicano a quien sus padres decidieron bautizar con el nombre de Gabriel. Le pregunto si esta osadía familiar tendrá algún significado: “Primero un honor —dice—, porque es un escritor al que nadie lo puede igualar, y hoy es una carga”.

Llamarse Gabriel García Márquez sí tiene precio. Lo pagó caro el día en que publicó su primer libro y lo firmó con su nombre de pila. Por la aparición de su nombre, el libro se agotó. Generó bulla en el mercado editorial que el lector al encontrar un estilo diferente al realismo mágico, se decepcionó.

—Fue un exceso (firmar así), pero fue la exigencia de la editorial (independiente) para publicarme —reconoce en un intento por evocar el episodio con la editorial *Edamex*, allá por 1996. En una breve reseña, en el libro, se precisa que el autor mexicano es homónimo del colombiano.

Desde entonces escribe cuentos, novelas y poemas. Y ya no firma como Gabriel García Márquez, sino con el pseudónimo de Gabriel Gamar. Una de sus novelas se llama *Corazón de metal** (la que rubricó con el nombre de Gabriel García Márquez) y un poemario suyo lleva por título *Relojes llenos de tiempo*.

Ha escrito los cuentos breves *Tal vez del fondo del mar* y *Quiero decirte que te amo*, publicados con la editorial Panorama:

“Sus poemas han sido incluidos en varias antologías de Roger Patrón Luján en la serie *Un regalo excepcional* y tiene sin publicar la novela *El lugar común*; los libros de poemas *Archi-vo de sueños*, *Llorando a solas* y *Las praderas del insomnio*”, se lee en el blog gabrielgamar.com de este periodista que vive en Coatzacoalcos, en donde dirigió el diario *El Liberal del Sur* y escribe la columna *Sentido Común*.

Para cuando Gabo (el colombiano) ganó el Premio Nobel de Literatura, la vida del otro Gabo (el mexicano) dio un giro. Corría el segundo año de la década de los ochenta. Y justo aquí su vida cambió, sobre todo cuando abrió una oficina en la capital del país. Al conocerse la noticia de que Gabo era el Nobel, ciudadanos, escritores, empresarios y políticos buscaron una agenda telefónica con el fin de saber el paradero del colombiano que ya vivía en la Ciudad de México: al sur.

En la sección amarilla no sólo hallaron el número (y marcaron), sino que también copiaron la dirección postal para enviar las cartas y telegramas con palabras que decían: “Eres grande”, “Eres el Nobel” o “Felicidades, Gabriel”.

* * *

La primera carta que llegó a nombre de Gabriel García Márquez fue abierta en la oficina del otro Gabriel: su homónimo, su nombre espejo.

El conmutador enloqueció con el rrrrrrrng y el silbato del cartero se prolongó en Insurgentes Sur, 686. Esta dinámica de recibir cartas para el Nobel se mantuvo por un lustro. Y un día, el Gabo mexicano decidió ir a ver al Gabo colombiano, para entregárselas en la casa que habitaba con su esposa, Mercedes Barcha.

—¿De qué platicaron?

—De lo simpático de la coincidencia de los nombres.

—¿Le llevó las cartas?

—Un paquete de cartas que eran para él.

—¿De algún personaje importante?

—De un expresidente costarricense, para que (García Márquez) fuera intermediario en una cuestión de derechos humanos.

Las cartas que abrió en su totalidad fueron enviadas de Centro y Sudamérica, otras llegaron a la capital mexicana con timbres postales del viejo continente, mismas que entregó al colombiano muchos años después de su premiación en Suecia.

Hubo un día en que el Gabo mexicano esperaba un pago, como le sucedió al anciano en *El coronel no tiene quien le escriba*. El cheque no llegó. Ante su molestia los carteros le informaron que ya le habían entregado el sobre. Era la primera ocasión que el sobre no era para el colombiano, y pese a todo lo recibió porque en el destinatario decía con claridad: Para Gabriel García Márquez.

*El médico recibió la correspondencia con el paquete de los periódicos —escribe el auténtico Gabo en *El coronel no tiene quien le escriba*—. Puso a un lado los boletines de propaganda científica. Luego leyó superficialmente las cartas personales. Mientras tanto, el administrador distribuyó el correo entre los destinatarios presentes. El coronel observó la casilla que le correspondía en alfabeto.*

Una carta aérea de bordes azules aumentó la tensión de sus nervios.

El médico rompió los sellos de los periódicos. Se informó de las noticias destacadas, mientras el coronel —fija la vista en su casilla— esperaba que el administrador se detuviera frente a ella. Pero no lo hizo. El médico interrumpió la lectura de los periódicos. Miró al coronel. Después miró al administrador sentado frente a los instrumentos del telégrafo y después otra vez al coronel. —Nos vamos —dijo.

El administrador no levantó la cabeza.

—Nada para el coronel —dijo.

El coronel se sintió avergonzado.

—No esperaba nada —mintió. Volvió hacia el médico una mirada enteramente infantil—. Yo no tengo quien me escriba.

El Gabo mexicano no pensó en esto. Sólo en ir a la casa del Gabo colombiano para solicitar la devolución del dinero en papel: una secretaria del Nobel hizo la entrega.

—¿Y de cuánto era el pago?

—Mil dólares... era poco para ser de él.

Gabriel Gamar pudo ir a recoger premios a Colombia, a Venezuela. No lo hizo por una razón: nadie en estos países creerían que él era el autor de *El otoño del patriarca*. Y sin embargo, conoce más que él la obra del colombiano a quien no ha dejado de leer:

—Lo único que no he leído son sus textos de *El Espectador*. Los libros gruesos —dice secamente.

El mexicano tiene tres hijos. El colombiano dos. Los del autor de *Corazón de metal* se llaman Ana Marcella, Ana Jimena y Gabriel García Hernández. Los del autor de *Memorias de mis putas tristes* fueron registrados como Rodrigo y Gonzalo García Barcha.

—Yo sí le digo Gabo a mi hijo Gabriel, quien es biólogo y vive en Xalapa.

En la página de gabriलगamar.com.mx una de sus hijas le escribió: *Papá, me gustó tu página, leer algunos de tus poemas me hacen llorar y creo que eso es lo que hace al artista, la capacidad de transmitir emociones, estoy orgullosa de ti.*

Esto lo dice por sus creaciones y por sus imágenes con las que ha ganado concursos.

Tanto al Gabo mexicano, canoso y de la voz parca, de Francisco Z. Mena, como al colombiano de Aracataca, les gusta la idea de caminar por el mundo en busca de una historia que contar.

* * *

Este es el García Márquez mexicano, el que sí concluyó la licenciatura en Derecho. El otro, el colombiano, no. Así lo recuerda en su libro anecdótico *Vivir para contarla*.

—*Tu papá está muy triste* —dijo.

—*¿Y eso por qué?*

—*Porque dejaste los estudios*

—*No los dejé* —le dije—. *Sólo cambié de carrera.*

A sabiendas de que era falso, le dije:

—También él dejó de estudiar para tocar el violín
—No fue igual —replicó ella con su gran vivacidad—.

El violín lo tocaba sólo en fiestas y serenatas. Si dejó sus estudios fue porque no tenía ni para comer. Pero en menos de un mes aprendió telegrafía, que entonces era una profesión muy buena, sobre todo en Aracataca.

—Yo también vivo de escribir en los periódicos —le dije.
—Eso lo dices para no mortificarme —dijo ella—. Pero la mala situación se te nota de lejos. Cómo será, que cuando te vi en la librería no te reconocí. Yo pensé que eras un limosnero. —Me miró las sandalias gastadas y agregó—:
Y sin medias.

**Corazón de Metal*, publicado en 1996 por EDAMEX, circuló en algunas librerías del país, pero después esta edición se agotó. La obra, con el ISBN 9684099207, se diseñó —en su portada— con un dibujo o ilustración, donde dos personas están de espaldas al mar, a estrellas y nubes, y a un barco de papel. Se trata de una portada rústica en color verde.

En la página web “Libros antiguos El Tejabán” se aclara que *Corazón de Metal* fue publicado por Gabriel García Márquez, un homónimo. La novela, tanto en este sitio web como en la página eBook de Google, sólo comparten con el público la portada, no así su contenido o reseña. Esta obra, de 83 páginas, se ofreció recientemente en el portal Amazon (USA) para su venta con un nuevo ISBN, el 9789684099203, con una portada sencilla a dos colores, el título *Corazón de metal* —esta vez con eme minúscula en la palabra metal—, y firmado de esta manera: “García Márquez, Gabriel”. Sin embargo, cuando un interesado en comprar el libro de este escritor mexicano quiere leer su semblanza, sólo está la biografía del García Márquez, el colombiano, y en inglés. Es decir, el uno sigue ligado al otro. La novela, en el mercado anglosajón, cuesta 99 dólares.

Por cierto, Gabriel García Márquez, autor de *La hojarasca* y *Del amor y otros demonios*, tuvo un hermano de nombre Eligio Gabriel García Márquez, quien “nunca quiso usar su segundo nombre para firmar sus crónicas, reportajes y libros”, pues siempre buscó “hacer una carrera propia en las letras colombianas”, de acuerdo con un artículo publicado por el diario *El Tiempo* en 2001: “Murió el hermano de Gabo”.

La voz de Gaba

—¿Quién habla?

—La cronista de la ciudad.

—¿Y qué hace una cronista?

—Cuenta historias.

—Pues yo quiero ser cronista —le dije a mi madre.

En el viejo radio de la casa escuché por primera vez la voz de Gabriela Gutiérrez Lomasto. Una voz trémula pero excitada. Hablaba de los nombres que tenían las calles antiguas de Villahermosa, o de las costumbres en San Juan Bautista, así como se llamó la capital.

A los 12 años empecé a escuchar los comentarios de Gabriela o “Gaba”, en las estaciones de radio, porque lo que decía en el micrófono era digno de oírlo, de saborearlo, de contarlo.

Con sus dos únicos recursos, la voz y la memoria, doña Gaba recreaba —en aquellos años— lo más importante que posee una ciudad: su historia. Y confieso: me abracé a ella.

Los escritores dicen que el mejor escenario para escribir una novela es la ciudad. Por su caos. Gaba encontró en la ciudad el espacio ideal para enamorarse de sus historias de vida, de sus recovecos, de sus voces.

Siempre que escuché la voz de Gaba la imaginé una mujer grande, portentosa. No me equivoqué.

Cuando Emmanuel Sibilla me abrió la puerta de la estación radiofónica XEVT, para laborar como periodista,

presentí que después de ocho años de espera, por fin conocería a la cronista de la ciudad. Así fue.

Doña Gaba contaba las historias de la ciudad en el 970 de AM, y yo, desde ese instante, ya no tenía por qué encender el viejo radio que mi padre compró en el año de 1978, sino que ahora sólo era necesario abrir bien los ojos para contemplar a la cronista por los cristales de la cabina. Esto ocurrió entre 1999 y el año 2000.

Gaba decía que el saludo de los tabasqueños ya no era como el de antaño. Contó las historias de Puerto Escondido, un callejón del centro de Villahermosa, del cine Sheba y de cómo el río Grijalva salía de su cauce para anegar las casas de los pescadores. Aún la escucho recordar el callejón de los Aguadores, los bailes en Plaza de Armas y la música de Manuel Pérez Merino.

La Gaba que escuché en la comunidad de El Río, en Jalpa de Méndez, es la misma de la voz trémula y excitada. Pero ésta, es una mujer de amplios anteojos, pintada como tabasqueña, con un tulipán entre el cabello y una libreta de apuntes ¿Dije libreta?

Muchos datos de los que doña Gaba no recordaba con exactitud los miraba de nuevo en su libreta de apuntes: una biblia, pero con la historia de la salvación de los hombres y mujeres de Tabasco.

La libreta de Gaba fácilmente recabaría una buena cantidad de dinero, de subastarse entre la comunidad de historiadores.

¿Cuánto darían por el manuscrito de Gaba?

Justo cuando salió de la cabina le pregunté por la crónica y la historia de Villahermosa. Le dije que la crónica era mi pasión y me recomendó leer sin parar. ¡Sígale!

—La historia más que bonita, es interesante. No podemos vivir sin la historia —precisó mientras se ajustaba los anteojos de anciana.

Para Gaba cada palabra es un sitio para viajar en el tiempo. Cada palabra es una oportunidad de encontrarse con el

punto exacto de la historia. Y en cada palabra encontró un público, un auditorio, unos oyentes en el café.

A Gaba la miré y escuché otras veces. Cuando fui reportero de la estación radiofónica XEVA la entrevisté en su casa de la calle Carranza. ¿Qué no dijo de la historia de Tabasco? La oportunidad que me dio para estar en su sala fue única. Vi muchos libros, cuadros, flores, varias libretas de apuntes, y encontré al escritor Agenor González Valencia, el esposo de la cronista, a quien le pregunté: “¿Qué hace usted aquí?”. En ese entonces, no sabía de su relación con Gaba.

—¿Y lo recuerda todo?

—Hay cosas que debo anotar y leer —dice Gaba.

¿Qué importancia tiene hoy llamarse Gabriela? Si los chilenos recuerdan a su Gabriela Mistral, los tabasqueños ya tenemos la nuestra, a la Gaba cronista, a la de la voz temblorosa y excitada, porque siempre habló con placer y pasión en la radio y con quienes conversamos con ella.

Este relato se publicó en el libro *La importancia de llamarse Gabriela*, coordinado por el escritor Teodosio García Ruiz (+) en el 2012. Con el sello editorial independiente “Arqueros del viento”, la obra se difundió en Villahermosa y en los municipios de Tabasco.

La caricatura de portada es de Rogelio Urrusti y el diseño es de Alejandro Breck. Aquí también escribieron: Jorge Priego Martínez, Pilar Rodríguez, Geney Torruco, Alberto Centella, Juan de Jesús López y Kristian Antonio Cerino.

Gabriela Gutiérrez Lomasto: La cronista indomable

Estuve con Gaba sin saber que ese sería su último programa de radio. Ella tampoco lo sabía. En la víspera le hablé por teléfono a su casa de la calle Venustiano Carranza, en el centro de la ciudad, para preguntarle si podía ir como invitado a su programa *Las ventanas del recuerdo*, que se transmitía los lunes en la XEVT, y me contestó que sí. Le platicué la idea de entrevistarle con el fin de hacer un relato periodístico que se publicaría en un libro de crónicas.

Estuve con Gaba en su última transmisión. Sí, lo supe porque después ya no retornaría más a los micrófonos de la estación. Caería enferma y caería enferma, una y otra vez.

Semanas después le llamé de nuevo y fue allí cuando me confesaría su padecimiento, y me diría, a manera de broma, una frase que, además de emocionarme, me daría vueltas y vueltas durante algún tiempo en la cabeza:

—Viviré en su texto —dijo en aquella ocasión.

Aquel lunes —varios meses antes de su muerte— Gabriela Gutiérrez Lomasto, o sea Gaba, llegó a su programa *Las ventanas del recuerdo*, con una blusa amarilla y un chaleco felino. Fiel a sus convicciones criticó al gobierno Federal —como lo hizo muchas veces con el Estatal—, por los problemas de inseguridad.

En esa ocasión comentó, al leer sus apuntes hechos a mano y en letra cursiva: *otro caso que no es tabasqueño pero*

que nos atañe a todos porque somos mexicanos, es el caso de la señora Wallace. Y pues como en la política y en el ser humano, lo inesperado, lo jamás imaginado, es posible; nos topamos con el ahora protagonismo exacerbado de una mujer que un momento de dolor representó un ala de la lucha social enfocada a la impartición de justicia: La señora Isabel Miranda de Wallace, esa que decidida emprendió una incansable lucha para que los culpables del secuestro y muerte de su hijo, el joven Hugo Alberto, fueran atrapados y recibieran el castigo que por asesinato impone la ley (Gaba ya no pudo conocer el giro que dio este tema —en los siguientes años— en el plano nacional).

Luego, en los próximos días, la cronista de la ciudad de Villahermosa, decayó. Le vi un par de ocasiones: con su rostro bien pintado y portando sus collares de piedras grandes. Una de ellas, en su casa verde de la calle Carranza, y la otra, un poco a lo lejos, acompañada de su esposo don Agenor González Valencia, reconocido abogado, poeta y escritor. Corría el año 2013.

La casa de Gaba es una bodega de libros. Una gran biblioteca que atesora un puñado de historia. Es un aparador de fotos y libretas con los apuntes de una cronista. Y es, también, la extensión del conocimiento que se guarda de la mejor forma: en el papel.

—De niña fui muy inquieta —dice doña Gaba.

En los días en que conversé con ella, la estudiante de la Licenciatura en Comunicación, Yolidabey Jiménez García, también lo hizo. Le pedí que la entrevistara a través de una orden de información que le di, para la materia de Periodismo Informativo en la UJAT.

A ella, Gutiérrez Lomasto le comentó en su habitación, mientras descansaba en un sillón de madera, que en la niñez la hiperactividad le cubrió el cuerpo.

Rodeada de medicamentos, agua fresca y fruta picada, Gaba abrió el baúl de sus recuerdos para contarnos cómo se inició en la crónica.

Yolidabey Jiménez describe así el día en que la recibió con sus dos anillos de oro en la derecha —la mano con la que escribió miles de artículos— y un reloj bien apretado en la izquierda:

Sus uñas estaban perfectamente pintadas de un esmalte color perla, sus párpados tenían sombras azul verdoso y sus labios un rojo carmín, y sus sandalias me recordaron el color arena de playa.

—Yo soy fea cuando quiero y bonita cuando se me da la gana —le diría en entrevista a la periodista María del Pilar Rodríguez.

Yolidabey la vio desmejorada. La vio decaída. La vio en descenso.

Y sobre su cama se encontraban revistas, libros y periódicos apilados en filita como esperando que a cada uno les llegara su turno.

Un martes 25 de junio de 2013 Gaba participó otra vez en la radio. En el espacio de opinión *Por la libre*, de los hermanos Sibilla Oropesa en la XEVT, la cronista leyó una de sus últimas intervenciones en aquella semana en que el programa *Telereportaje* alcanzó las 20 mil ediciones.

Con su voz combativa, a las 7:41 de la mañana, en el 104.1 de FM, dijo:

¿Por qué será que los genios gubernistas desprecian tanto la obra urbana que tanta gloria le ha dado a la pro-

vincia? Aquí en Tabasco, todo o casi todo ha sido destruido del rostro original; los cimientos que con amor y entrega conformaron nuestra Villahermosa de ayer, hoy sólo son recuerdos. Somos la única ciudad del sureste que perdió su identidad urbana, su encanto provinciano tan apreciado por el turismo extranjero. Ahora, con tantos parches y remodelaciones no somos ni chicha, ni limonada. A este respecto me niego a pensar que el motivo real de destruir para volver a construir sobre los escombros sea porque represente un pingüe (sic) negocio; nueve remodelaciones lleva ya Plaza de Armas, así nombrada por el pueblo ¿y qué se ganó con ello?

Hoy, tras sufrir la última agresión, es un inmenso comal con sus chapoteaderos o baños públicos infantil, ¿Qué tiene de artístico ese horrendo moderno chuzo atravesado como mal parto en el trasero del Palacio de Gobierno? Y que además nos costó millones, ¿acaso no rompe con la armonía de las edificaciones antiguas que aún sobreviven en ese entorno? (¿Qué habría opinado Gaba sobre las remodelaciones recientes al malecón de la ciudad?)

Su crítica no sólo fue de Plaza de Armas, sino también al centro de la ciudad en la que están los edificios de los tres poderes. Había días en que cuestionaba también la remodelación del parque Juárez, uno de los más antiguos de la capital, que ahora está convertido “en un abigarrado mercado lleno de puestos, vendedores ambulantes y decenas de limpiadores de calzado, (cuyo) espacio central es una plancha de cemento donde se dan vuelos merolicos y payasos”.

Ésta fue su bandera: La defensa de la imagen antigua de la ciudad, y lo hacía en la radio, en la prensa escrita, en la televisión, todos los días de su vida y más los días veinticuatro

de junio, la fecha en que se conmemora un aniversario más de San Juan Bautista, el nombre de la capital antes de llamarse Villahermosa.

—La primera vez que tuve un micrófono en la mano fue en sexto de primaria —contó Gaba.

En 2012, el escritor Teodosio García Ruiz coordinó el libro *La importancia de llamarse Gabriela*. En esta publicación-homenaje a la cronista, se escribieron siete reseñas / entrevistas que resumen su vida.

Aquí, Jorge Priego Martínez, puntualiza en el artículo titulado “Mamá Gaba”:

De Gaba la periodista, sólo repetiré lo que todo el mundo sabe: que se ha caracterizado por fustigar la simulación, la prepotencia y las arbitrariedades, solidarizándose con los desposeídos, los eternamente engañados y explotados, los que en silencio sufren injusticias de toda índole, convencidos de que nadie habrá de oírlos.

—Mi primer discurso lo di porque la maestra Nelly Trejo (mujer de carácter “de los mil diablos”) me dijo “yo quiero que tú des la bienvenida a la nueva generación”. Y así fue.

Por algunos años, Gaba vivió en Campeche. Esto ocurrió en la adolescencia cuando estudiaba la secundaria. Un problema con el obispo la regresó a Tabasco. La muerte de su padre y el asesinato de su hermano, le harían sentir un amor profundo por los otros.

“Tuve que hacerme cargo de los negocios familiares, y ahí se acabaron mis estudios pues la panadería se abría desde las seis de la mañana hasta las nueve de la

noche”. Habla de la panadería de la familia que estaba en el antiguo mercado de la ciudad, en donde hoy se encuentra el Centro Cultural Villahermosa.

Yolidabey Jiménez, lo escribió así:

Ella con mucho orgullo asegura que siempre dirá que el mercado José María Pino Suárez fue su universidad. Ahí aprendió a conocer a los seres humanos, y al recordar esto, hace referencia que los personajes que viven en ese mundo son como verdaderos fantasmas. Yo no sé si la gente se percataba de eso o se percate.

En la cabeza de Gaba está el ayer, la Villahermosa inundable, la de los cayucos y barandillas, la de los playones que con los años se fueron tapando con casas y concreto en las colindancias con el río Grijalva.

Recuerdo que mi panadería quedaba a media cuadra del mercado y mis clientes eran la gente del mercado; en ese entonces no estaba la calle Constitución, y el río y el playón estaban atrás de la panadería; recuerdo también con algo de alegría y nostalgia, que en vez de coches la gente del campo ponía sus cayucos en toda la orilla del barranco, como si fuera un estacionamiento. Se bajaban a vender sus cositas que traían y se iban a hacer sus compras a la ciudad. Antes se tenía la costumbre de beber el puntal, que es el café negro calientito con un pan.

Jorge Priego agrega en “Mamá Gaba” que los personajes que usó Gabriela Gutiérrez Lomasto en su narrativa, salieron del único escenario que apasionó a la cronista, de la ciudad y de sus calles.

Son reales, tal vez enmascarados tras nombres ficticios; se han ganado mi conmiseración o mi repulsa. Al pobre Chano Culebro, presa de su ignorancia y la de los demás, lo conocí de vista y supe mucho de él, por los labios de la nana de mi padre, quien lo conoció viviendo por los rumbos de Tierra Colorada, con distinto nombre de pila, pero con el mismo apellido.

Priego Martínez señala que los cuentos de Gaba (*El agua espío por la puerta*, *No pudo entrar al cielo* y *La sombra del cuervo*) “describen las costumbres del tabasqueño” y son “también denuncias, protestas airadas contra la injusticia e incomprensión de que son víctimas los sectores más débiles y contra la falsía, los vicios o ruindades de algunos seres que no merecen la clasificación de humanos”.

Gaba, con su personaje de Chano Culebro, “el brujo”, ganó un premio por escribir un cuento.

—La gente se acercaba a contarme sus problemas. Yo no sabía por qué, y tiempo después comprendí que era porque yo les inspiraba confianza con el buen trato.

A Gaba le fascinaban los años en que los niños jugaban en triciclos y patines. La época en que las mujeres del Club Buganvilia comenzaban a organizar los bailes de embajadoras. Los días en que se iba al parque a tomar un refresco o disfrutar de un helado. En esos años, Gaba cerraba la panadería por una razón:

Me ponía mis crinolinas, mis zapatillas, mis flores, aretes y collares y esperaba que toda la muchachada de la calle Madero pasaran por mí.

Gaba lo dice hasta el cansancio: *El mercado fue mi universidad y la panadería mi trabajo.*

Por ello, cuando se hizo cronista de la ciudad lo refrendó al redactar —y ser seleccionado— su ensayo titulado *Mi mercado Pino Suarez*.

—¿Por qué cerró su panadería?

—Porque me fui a México al casarme con Agenor. Decía —por esos años—: novio que me diga que no puedo ir al baile, ¡ni lo mande Dios!, si a veces ni a mi mamá le hacía yo caso; entonces ocho años tuvo paciencia Agenor de consecuentarme. Y nos fuimos ya casados.

—¿Cuál considera que es el mejor recuerdo que tiene de su niñez? —le preguntó Yolidabey Jiménez.

—Yo tenía mi palomilla donde nos íbamos a agarrar chicharras, a apalear las matas de mango que habían como veinte en la quinta, a papearle las matas de mango a don Chucho Aguirre, a hacer de todo con la palomilla. Yo creo que yo era la jefa de la palomilla, con Soberano, Potenciano, con toda la chamacada de ese rumbo de la colonia Casa Blanca. Conocía a María “La peruana” y nos escapábamos ahí para que nos contara cuentos. Era fabuloso, porque no podía saber tantos cuentos. Yo lo que pienso es que a cada cuento ella le cambiaba el personaje, pero cinco centavos el contado y diez centavos el actuado; así que si la princesa bailaba, ella bailaba, y a nosotros nos ponía cuatro ladrillos y una tabla, y ahí nos sentábamos afuera de su casita en Casa Blanca, y otros en el zacate a oír a “La peruana”.

Entonces vivías un mundo mágico. Llevé *cuerizas* pero yo decía “ya lo hice, ya qué, sé que me van a cuerear pero qué importa”, y mucha paciencia me tuvieron porque las *cuerizas* que me trabaron fue porque yo me las ganaba, yo estaba consciente. La pobre de mi mamá era la que se preocupaba: ¿Y Gabriela?, ¿en dónde anda Gabriela?, esa era la pregunta diaria en la casa: ¿Dónde está Gabriela, a dónde se fue Gabriela? ¿Ya salió de la escuela Gabriela?

Si Gabriel García Márquez, escritor colombiano, creó Macondo —caserío pequeño entre el revoloteo de mariposas

amarillas—, la Villahermosa de Gaba se llenó, además de mariposas cafés y negras, de muchas chicharras o libélulas, siempre ruidosas al aletear.

Yo me iba al puentecito (hoy el sitio en donde está el hotel Ritz, en la calle Madero), con mi bulto, porque en ese entonces no había mochila ni nada. Era un bulto que te hacían de tela en tu casa y te lo colgaban y ya, y mi sombrero con unas flores pintadas y amarradas aquí en el pescuezo. Yo me iba al puentecito, me ponía mi bulto como almohada y me acostaba ahí a ver las chicharras y las mariposas; levantaba la pierna y se me paraban en la punta del pie. Amarraba las chicharras en un hilo, y luego las soltaba para ver cómo las pobres papaloteaban para todos lados. Y ya cuando veía que algún chamaquito se aparecía, que ya venía de la escuela, corría yo a mi casa como que había yo llegado (a clases).

Me pasaron cien mil aventuras, pero Dios siempre me protegió o no había la maldad y la malicia que hay hoy en día, porque a mí nadie me hizo ninguna majadería ni nada, era yo libre como el viento; esa mi niñez fue inolvidable, quizá fuera del común de los niños porque fuera yo más sensible, más atrevida o más irresponsable, no lo sé: pero mi niñez fue maravillosa, fue mágica.

De acuerdo con la periodista María del Pilar Rodríguez, quien publicó una entrevista de semblanza titulada “La muchacha rebelde”, a Gaba le nació el gusto por la escritura en sus pláticas con el escritor José María Bastar Sasso. Fue éste quien le dio los primeros libros a la cronista:

“Una de esas noches, Bastar Sasso le pidió que escribiera las picardías que llegaba a contarle. Gabriela se rió a carcajadas, pero él insistió y le pidió unos “sociales” en su peculiar

estilo para su periódico *El Censor*. Así fue que con la complicidad de Chema Bastar, la muchacha rebelde se inició en el oficio periodístico. Aunque aceptó sin firmar con su nombre, sino con el pseudónimo de *Tijerina*. La pluma de la joven de dieciséis años causó un tremendo revuelo en la sociedad villahermosina, porque no fueron las notas sociales típicas de que fulanita de tal llevaba un vestido muy bonito, sino que más bien se trataba de encontrar los “defectos sociales”.

Doña Gaba empezó a soltarse en la escritura, y esto le valió el reconocimiento de los periodistas de la capital del estado, que la invitaron a colaborar en diarios o semanarios como *El Momento*, *El Mercurio*, *El Clarín*, *El hijo del Garabato*, *El semanario tabasqueño*. Y otros.

En la reseña de Rodríguez se cita a Bastar Sasso, quien le recomendó a Gaba el que “nunca nadie viera por sus ojos, ni hablara por su voz”.

—Viejo Chema, me tiraste al ruedo a torear sin capote a esa miura que es el periodismo —le respondió.

La primera ocasión que Gaba incursionó en la radio fue porque Jesús Sibilla Zurita, el fundador del programa *Tele-reportaje*, le cedió el micrófono:

Él, desesperado me ve y me dice: “¡Toma!”, y me da el micrófono, “por favor describe el vestido, el color, todo sobre la muchacha, aquí está la lista de todas ellas”. Sin embargo, no sé nada. Y hago la crónica del primer baile de embajadoras que se difunde por radio, sin proponérmelo, sin tener la menor idea de qué iba a suceder; como fue un éxito, Chucho me abrazó, me dio las gracias y con los años un día alguien tocó a mi puerta y era Chucho Sibilla, que fue a pedirme que yo fuera la madrina de Sergio Raúl, su hijo.

—¿Cómo fue que la eligieron como cronista de la ciudad?
—Empecé a escribir en *El momento* y me dice Pedro Luis Hernández Sánchez (el cronista de la ciudad): Gaba tú tienes un potencial para escribir, deja de estar vacilando con tu inteligencia, quiero que me hagas una crónica o que escribas lo que tú quieras; yo me iba a México por alguna razón y entonces escribí algo que se llamó: *Crónica metropolitana*; se la llevo y le digo: “Mira Pedro, aquí está; si sirve, pásalo; si no sirve, olvídalo”, y él para estimularme lo pasó en la primera plana en un recuadro, fascinado, y es mi primera crónica “seria”, así porque sí, así que yo ya había ganado “un premio” por crónica sin proponérmelo.

Pedro Luis Hernández Sánchez fue cronista de Villahermosa de 1988 a 1996, año en que muere. Había que reemplazarlo, y el viable era “El Chato” Pedrero, que escribía muy bien, era muy buen orador y además era el papá de la procuradora, y de repente me entero que a mí me habían puesto en la terna; mi sorpresa es que los del Café Casino empiezan a recoger firmas de todo el que pasaba por la calle Juárez, para que yo fuera la cronista de la ciudad, y le dicen a Roberto Madrazo —el gobernador en turno— que habían firmas y firmas y firmas, que yo ignoraba, porque en mi vida había recogido firmas pero ni de mi familia; entonces a Roberto no le queda más que decirles que estaba comprometido; entonces mi trabajo es precisamente “Mi mercado Pino Suárez”, que para mí es una de las cosas más hermosas que he escrito, porque rescato el alma de cada uno de los personajes que vivían alrededor, de las prostitutas, de los borrachitos, de las tiendas, de todo ese mundo fantasmagórico que se daba en el mercado, y ya dejo constancia de que sí podía yo y pues aquí sigo: Y como esto (de ser cronista) es hasta que uno se muera, y como no tengo pensado morirme, pues ni modo...

Mi ventaja es que tengo una memoria privilegiada, y eso me hace tener un retrato de la Villahermosa de ayer...

—¿Cuándo era niña qué le gustaba leer?

—Mira, mi papá siempre estuvo suscrito al *Diario de Yucatán*, y lo primero que buscaba en el diario eran las caricaturas y los chistes, que así le decíamos a la tira que venía de El gato Félix. Yo siempre leí muchísimo porque si la lectura no se motiva desde la niñez, es muy difícil que la gente aprenda a leer; disfruté la lectura, es difícilísimo, ese ha sido el gran fracaso, la ignorancia, que no leen.

En 1950, hice una crónica para un concurso de “La varita mágica”, de la revista *Confidencia*, al cual se me pegó la gana entrar y gané cien pesos, que en esos tiempos alcanzaba para muchas cosas.

Con emoción trajo el ayer. La vida de Gaba es traer el ayer. Por citar: aquel premio de periodismo que ganó con una crónica sobre el Plan Chontalpa:

He ganado premios de cuentos por montón, porque en las exposiciones (ferias), habían premios de cuentos, de poesía, de música y de periodismo; también gané algunos. El primer premio que gana el Diario Presente se lo di yo con ‘Plan Chontalpa’, y después me sentí a gusto escribiendo en semanarios, pero en los de garra, en los de lucha, no en periodismo de acomodaticio, para nada; entonces pues el chayote creció, la mata del chayote y muchos periodistas se enredaron en esas matas, y yo lo dejé por mal negocio, porque ya no había el periódico valiente que publicara lo que yo escribiera.

El sábado nueve de noviembre de 2013, después de varias semanas de agonía, Gabriela Gutiérrez Lomasto muere en

un hospital de Villahermosa, a la edad de 85 años. Antes de partir, lo volvió a hacer: dejó una ventana abierta por la que nos asomaremos todos. Desde ahí, desde ese rectángulo, veremos a una mujer: la que se quedó a vivir en este texto.

Esta crónica se construyó con un par de entrevistas que el autor sostuvo con la cronista de la ciudad, con acotaciones del libro *La importancia de llamarse Gabriela*, y con la participación activa de la estudiante en Comunicación por la UJAT, Yolidabey Jiménez García, en 2013.

Entre cristos y danzantes

La procesión acuática del Cristo negro

I

La fe es el único impulso para no pensar en la lluvia que cae a plomo en Santa María.

Llovería. Así lo supo el vendedor de paraguas que se acomodó desde temprano muy cerca de la iglesia en la que veneran al señor de Esquipulas. Vendería treinta durante el día y nadie creería que podría generar más dinero que los hombres que ofrecían algodones de azúcar y frituras.

Llueve, llovió y lloverá. Con paraguas y sin sombrillas, los feligreses salen de sus casas, temblorosos por el fresco. Abandonan sus viviendas porque el señor de Esquipulas, un crucifijo negro que sobrevivió a la quema de santos e imágenes durante gobierno de Tomás Garrido Canabal*, está en procesión.

Una vez que le han bajado de las alturas —en la zona del presbiterio del templo— realizan una peregrinación por las calles de Santa María, pueblo al que después llamaron Reforma, en Jalpa de Méndez, Tabasco.

Esquipulas, de medio metro de altura, es descendido por hombres un catorce de enero para venerarle. De madera y con un ligero peso, pasea entre el caserío de pescadores y

campesinos. Esquipulas es de madera negra, como todos los Esquipulas de Centroamérica.

Los que salen de las viviendas entregan ofrendas al *cristo oscurecido* que es transportado en un nicho de madera por cuatro católicos de cepa.

Mientras se vacían las nubes grises, una mujer dice en voz alta que la lluvia también sirve para lavar los pecados.

—¿A poco se lavan? —pregunta alguien que está a su lado.

—Sí, todos —Y se echa a reír. El agua le escurre por la arrugada frente.

La lluvia arrecia, así se dice por estas tierras y estas aguas. Un habitante de Tabasco también suele decir, cuando está por llover, y mira las nubes cargadas de agua: que lloverá y hasta caerá pejelagarto. Lo dice al revés: caerá hasta pejelagarto.

En Santa María no fue necesario. Las tortugas y pejelagartos que recibe de ofrendas el señor de Esquipulas fueron capturados con anterioridad en la laguna Pomposú, un manantial que los ha alimentado por generaciones.

Unas mujeres y niños le muestran al santo patrono los peces que atraparon para él. Le lloran y le cantan sin importarles que llueve y llueve. La lluvia cobra sonido cuando cae sobre los tejados de lámina, ahí uno entiende que cae con todos sus huesos.

Cantan y cantan: *Que lo vengan a ver, que lo vengan a ver, al señor de Esquipulas, la laguna va a recorrer.*

Por cada vez que los feligreses salen al encuentro del Cristo negro, la procesión se detiene. Los donantes le muestran la cosecha, le tocan el manto para después persignarse. Lloran irremediablemente.

—Es por fe —dice un hombre de apellido Silván—. En Santa María o se apellidan Selván o Silván. Es probable que alguna secretaria en el registro civil lo escribió, unos días con “ë”, y otros con “i”, aquellos años en que las mecanógrafas hacían un desmadre con las actas de nacimiento, comenta.

Cada año, la lluvia repite lo mismo y se mete en el pueblo como un animal desconocido. Hay inundaciones para octubre o noviembre y esto lo saben todos.

El sacerdote Rodolfo Jauregui Gallegos no sólo bendice a los creyentes con agua bendita, sino que al extender las manos les explica que el propósito es ir con fe, que la fiesta no puede quedar “en el puro ritualismo”.

Pero, qué pasa después de que el crucifijo es colmado de besos y de manos que tocan su manto. La procesión terrestre ahora será marítima.

Algo ha sucedido con todos los cristos de Esquipulas que siempre llegaron por los ríos a Tabasco. Así llegó el primer Cristo negro a Villahermosa. Así los siguientes a los poblados de este trópico húmedo. En las enciclopedias también se lee que hay otro muy venerado en Guanajuato.

En Santa María hay ruidos por doquier: el sonido de la flauta de carrizo, el requinteo, el golpe de los remos, el paso del jacinto entre la corriente, los tambores con piel de animal, los cohetes que estallan y rompen el cielo, y el acordeón de un hombre que evoca canciones instrumentales que a la letra reseñan el agua y el cristianismo. Por ejemplo: “Tú has venido a la orilla” y “Aquél que caminó sobre las aguas”; estos cantos religiosos también se entonan en los momentos en que el señor de Esquipulas es puesto, sobre el mismo nicho, en uno de los barcos para la procesión acuática.

Se encienden los motores de los catamaranes traídos de Puerto Ceiba, Paraíso, y una voz grita a lo lejos que todos deben ocupar sus asientos en estos barcos —bautizados

como Bucanero I y Bucanero II— al igual que en unas cuarenta lanchas que llevan rotulados nombres tales como La Gaviota y El pescador, entre otras.

Algunos periodistas se preguntan cuál es el destino o el porqué de la ruta. La respuesta es la coincidencia de todos: vamos al sitio en donde Esquipulas se salvó de ser quemado.

Así, los barcos zarpan del muelle de palos entre vítores y la pregunta de un animador a los feligreses que alzan sus manos en agradecimiento: “nuestro señor de Esquipulas, la hizo ¿sí o no?” Y el pueblo responde lo que sabemos de antemano: que sí.

Avituallados en los barcos y lanchas, los navíos surcan las aguas de la laguna Pomposú. Según Irving Selván, licenciado en Comunicación por la UJAT, el nombre de la laguna quiere decir *Poza de lodo*.

No todos caben en las embarcaciones. Unos doscientos permanecen en el pequeño muelle y otros seiscientos acompañan al señor de Esquipulas en la travesía que durará sesenta minutos. A la mitad del trayecto, las lanchas —en igual número— se alinean y se amarran (un acto de emparejarse) de los barcos que conducen al santo patrono, para formar una línea horizontal en el agua, una especie de alas en las laterales de los dos catamaranes. Justo ahí, un religioso leerá la historia de la fundación de Santa María o Reforma, segunda sección.

En una franja de la laguna se apreciará el sitio en donde fue escondido Esquipulas entre 1931 y 1932: “Para más seguridad y resguardo de la imagen del señor de Esquipulas, José Jesús Selván la llevó a esconder a los manglares de la orilla de la laguna Pomposú. La envolvió en sábanas y la cubrió con yaguas de palmas para que no se mojara”, leyó el portavoz de la comunidad a mitad del cuerpo lagunar.

Así, durante tres años, se escondió el Cristo negro porque el gobierno de Tomás Garrido había implementado una campaña anticlerical, que consistía en cerrar templos e incinerar

imágenes y bultos de la iglesia católica, una campaña que consistió, además, en quitarles los nombres religiosos a los pueblos y cambiarlos por nombres cívicos o de personajes ilustres.

Se dice en la historia de Santa María, que Inocente Segura trajo a estas tierras al señor de Esquipulas, que lo recibió de un donante en el poblado Chiltepec, Paraíso, y que luego lo entregó a su compadre Selván para su resguardo.

Para 1935, Esquipulas ya era venerado en el alero de una casa y una vez que concluyó el Garridismo, el santo fue expuesto en un altar, el altar se transformó en una iglesia hecha con palma y teja de barro; y con los años, de cemento y ladrillos, se construyó el templo.

Las novelas *El Astillero* y *El Juntacadáveres*, de Juan Carlos Onetti, están ambientadas en Santa María, un lugar ficcional en Sudamérica. Hay un puerto y un astillero que nunca prosperó.

En Santa María de Esquipulas, en la zona pantanosa de Jalpa de Méndez, sólo hay un pequeño muelle rústico en donde retornan las lanchas de los pescadores y los barcos que traen de vuelta a tierra al señor de Esquipulas. Lo pasearán por segunda vez en las calles y después le pondrán en su sitio, en el altar, pero muy arriba.

—Ahí es su lugar —jura la misma anciana que se mojó para lavar sus culpas.

II

Deja de llover, aunque la música retumba todavía en los tímpanos. Los cohetes —o cuetes—, debido a la humedad, ya no suben al cielo, y estallan a media altura, como si fueran balazos.

“Así es Santamaría”, dice un niño de esta comunidad. Lo pronuncia así al juntar o pegar las palabras: SANTAMARÍA, en este paraje en el que se acercan más peregrinos.

III

Diez familias fundaron Santa María en 1920. Los hermanos Alvino y Marcelo, de apellidos Selván Solís, y Bernabé Magaña, compraron al gobierno estas tierras algunos años antes. Las adquirieron, pero las abandonaron en tiempos difíciles de la Revolución Mexicana.

En 1920, año en que ya había llegado el cine a México y la radio era la novedad, se fundó la finca Santa María. La primera casa, en medio de acahuales, se hizo con seto. Evelsaín Selván Ramírez habla con los ojos cerrados. Sólo así podrá recordar el ayer y la fecha en que nació, un veintidós de noviembre de 1925, apenas cinco años después de la fundación de Santa María.

—Primero se celebró al Sagrado Corazón de Jesús; se estima que durante quince años. En 1950, el párroco de Jalpa de Méndez, presbítero Víctor García, determinó que el patrono de la comunidad sería, desde entonces, el señor de Esquipulas. En Santa María, el Cristo negro tiene una antigüedad de noventa años. Pero de acuerdo con algunas versiones, podría tener un centenario de estar entre Centla, Paraíso y Jalpa de Méndez, municipios colindantes con la zona costera del Golfo de México, comenta Evelsaín.

Santa María era una comunidad marginada, —continúa—, sin caminos, lejana a la ciudad de Jalpa. Sólo se iba a ella por necesidad, a pie o a caballo.

A veces —dice el anciano de noventa años, mente lúcida y dientes de oro—, los pueblos más cercanos eran Cuauhtémoc y Jalapita, Centla: A dos horas en cayuco.

—Los caminos eran feos.

—A Jalpa sólo íbamos a comprar ropa.

A Santa María llegó la educación primaria en los años en que gobernó Carlos Alberto Madrazo Becerra, y veinte años después comenzó el crecimiento poblacional. Ir a la escuela

primaria era sólo por tres años, luego vendrían los estudios de secundaria y por qué no, los de educación superior para egresar de maestro. Pero esto no era posible en Santa María porque la educación quedaba trunca con los tres años de primaria. La realidad era el trabajo del campo y la pesca.

Madrazo Becerra fue el primer gobernante en poner los pies en el pantano y en llevarles a maestros yucatecos como Heladio Canul y al profe Rudi.

No había hambre porque la naturaleza lo daba todo. Todo. Se comía maíz o pescado, pescado o maíz. Tortuga blanca o pejelagarto, pejelagarto o tortuga blanca. También venado.

Corría el año 1970, y un día, así de pronto, la pesca dio sus primeros síntomas de merma. La razón, la captura descomunal, la poca cultura por los periodos de veda y la contaminación petrolera.

Lo único que no cambia en Santa María es la fe por el señor de Esquipulas. El padre de Evelsaín Selván Ramírez fue aquel hombre que escondió al Cristo negro entre los manglares del Pomposú. Tiene imágenes borrosas de ese momento histórico, pero de escucharlo durante toda su infancia ha creído siempre en el relato de su padre.

—Él salvó a Esquipulas de que lo quemaran.

Su memoria le hace recordar que un señor de nombre Manrique Moheno, quien tenía amistad con los de la comunidad, dio aviso al gobierno sobre la posesión de los santos y llamó a todos para que los entregaran.

—¡A mi papá ya lo tenían en la lista!

“Deben entregarlos para su quema”, ordenó Antonio Contreras, el comisario ejidal.

José Jesús Selván entregó los tres que le pidieron y conservó al señor de Esquipulas entre el mangle. Se cuenta que, también por estas fechas, en la comunidad de Galeana, en Jalpa de Méndez, una cruz de madera fue sepultada en los

jardines de una casa, mientras concluía el gobierno de Garrido. Años después, esta cruz fue puesta en una capilla familiar para su veneración, y décadas más tarde, se construyó en el mismo sitio una iglesia con el nombre de la Santa Cruz.

En una choza abandonada de Santa María se concentraron todas las imágenes y santos de bulto. Se les echó petróleo y fuego, y estos quedaron reducidos a cenizas. La campaña anticlerical se extendió en todo Tabasco. Incluía entre otras cosas, el cierre de iglesias y la expulsión de sacerdotes.

Evelsáin ha transmitido la historia oral a sus quince hijos devotos de los milagros del señor de Esquipulas.

—Se agranda la fe por él —señala el hombre que quisiera tener con vida a su esposa, Isabel Silván Contreras, para que se santigüe frente al santo.

Hoy, todos los caminos conducen a Reforma. Los jóvenes pueden estudiar aquí o en otro sitio. Los turistas llegan porque aquí hay criaderos de tortugas, hay paisajes espectaculares que ofrece la naturaleza y porque hay una tradición como la del señor de Esquipulas, que se disfruta en tierra y en agua.

—La devoción por él está en las ofrendas —dice Aurora Ovando.

Y siguen cantando:

Vengan, alabemos al señor de Esquipulas.

Vengan a su fiesta, para que estemos con él.

Súbete a la barca, no te quedes en tierra.

Pues las marejadas, él las va a detener.

IV

Esquipulas significa, en algunas traducciones del náhuatl, “Paraje donde abundan las flores”. En maya quiere decir:

“Negro viento que empuja el agua”. También alguien jura que “Donde las manos labran y reza la obsidiana”. En Guatemala, donde más le veneran, la palabra Esquipulas adquiere todos los matices.

Ya sea aquí o allá, la festividad habrá de comenzar un seis de enero y concluirá un 15 del mismo mes, con una oración que reza:

*Bella imagen milagrosa
de Esquipulas redentor.
Tan negro y oscurecido
siendo más lindo que el sol.*

V

Ha dejado de llover. Hay una calma chicha, el retorno de algunas garzas, hay también un viento breve y un vendedor de paraguas cuyo único deseo es que nunca pare de llover.

*Tomás Garrido Canabal gobernó Tabasco en tres periodos: de 1919 a 1934. Posteriormente se exilió en la República de Costa Rica, por presiones políticas y ciudadanas.

Los gritos del Baila Viejo

En Tabasco, los grupos étnicos luchan por preservar sus danzas en carnavales y fiestas patronales. El año comienza con la danza del Pochó, continúa con la del Tigre, el Caballito Blanco y el Baila Viejo, y concluye con la de David y Goliat. En esta crónica se recrean los sonidos y los colores del Baila Viejo, la danza de Nacajuca, un municipio de lengua chontal que se encuentra en la zona pantanosa de Tabasco.

El sonido de la campana es una señal de lo que viene. La golpean varias veces hasta que se escuchan tres repiques finales ¿Qué habrá pasado? ¿Será un llamado a misa? ¿Habrá rezos en la iglesia? ¿Un grito para levantarse en armas?

—Es por el Baila Viejo —dice un niño de ojos orientales.

El pequeño camina con la mirada puesta en el templo que está pintado de colores pastel. Es el mes de julio.

Como él, hombres y mujeres aceleran el paso con la mirada fija. Es probable que no vean los tambores que se elaboran por estos rumbos —y lo digo porque aquí es su producto artesanal con mayor demanda y no les cause ningún asombro—. Tampoco creo que le pongan atención a la reciente torre del pozo *El Navegante*, que la paraestatal Petróleos Mexicanos les enterró aquí como la edificación más importante del orbe y que les dará “prosperidad”. Lo analizarán después.

Van de frente. De frente van. Algunos entran al atrio de la iglesia Santiago Apóstol y desde aquí mirarán la danza del Baila Viejo. Espiarán por la ventana. Otros lo harán sentados en bancos —adentro de la capilla—, con teléfonos en mano, de esos que toman fotografías y vídeos.

El Baila Viejo (Ak ot tuba noxib, en chontal), es la danza cumbre de las comunidades indígenas de Nacajuca, un municipio plagado de ríos y pantanos, cuya geografía en el mapa nos indica que es el primero en inundarse en la temporada de lluvias en Tabasco.

El Baila Viejo se danza en Tucta, la comunidad tambor, la comunidad de habla chontal, la comunidad de las máscaras de madera, la comunidad del maíz, del petate, la comunidad de camellones, la comunidad petróleo y del tunkul.

Tucta, a unos cuantos kilómetros de la ciudad de Nacajuca, está en la zona de los tres pueblos. Comparte este nombramiento con Tapotzingo y Mazateupa: Pero es Tucta el corazón religioso y artístico para que los ancianos dancen el Baila Viejo.

Jesús Antonio Pérez Esteban, un joven del pueblo que estudia la preparatoria, escribió en su libreta de apuntes que la danza del Baila Viejo —en la que sólo participan ancianos— es prehispánica, de carácter religioso, y sólo se celebra en las fiestas patronales de la comunidad: *es una manifestación para dar gracias a Dios y pedir por los difuntos*.

En la mayoría de las danzas —mitad paganas, mitad religiosas— el sentido de éstas se sustenta en agradecerle a Dios por los frutos que da a los hombres y pedirle éstos y más en el año que está por comenzar. En Tucta se danza para alegrar a Dios. Se puede hacer en cualquier momento y lugar, pero la danza de todas las danzas se realiza en el mes de julio en las festividades del santo patrono Santiago Apóstol, el hombre que probablemente evangelizó montado en caballo. También anduvo en sus andanzas y danzas.

A donde uno mire, encuentra artesanías en Tucta. El escritor portugués, Gonçalo M. Tavares, redactó una breve historia sobre Arquitas “El hospitalario” en su libro *Historias Falsas*. A decir de Benito Pérez Hernández, el tucteño o tuctense es, ante todo, “muy hospitalario”.

En la versión de Tavares, Arquitas debe buscar un hombre para cuidar el tesoro que le ha dejado Platón. Se trata de un supuesto tercer libro de Homero —quien sólo escribió dos, *La Ilíada* y *La Odisea*—, que aún se busca en bibliotecas cuando podría estar entre campesinos. En la versión de Pérez Hernández, el verdadero tesoro de Nacajuca está en su lengua madre y en su danza, en la del Baila Viejo. Y está a la vista de todos. No es ningún secreto.

—No somos los únicos, pero somos los mejores —dice el hombre de lentes al mostrarme el templo de Santiago Apóstol y un pedazo de madera que habrá de llamar la atención.

—¿Qué es?

—Es el tunkul.

El tunkul es un fragmento de madera hueca —con más de cincuenta años de antigüedad— que los ancianos tocan con un par de baquetas para amenizar las fiestas del pueblo. Su sonido es único por lo que ha sido escuchado en otros estados del país y en el extranjero. Benito apenas nacía y el tunkul (alargado como un xilófono) ya se escuchaba con fuerza por estas tierras de mucha pobreza y de pies descalzos.

—Pesa más de treinta kilos.

El primero en golpear el tunkul fue Eligio Román, cuyo rostro aparecía en el libro de *Historia y Geografía de Tabasco*. Él murió hace varios años, mas no el tunkul que en algunas ocasiones también se ha usado para ambientar la danza

del Baila Viejo. Mientras dos le tocan, otro sopla la flauta de carrizo. Podría decirse que el tunkul es la reliquia más cuidada en la comunidad, un instrumento que según Pérez Hernández, es mitad hembra y mitad macho, dependiendo de sus sonidos graves y agudos a lo largo del tronco hueco.

El trozo de madera de caoba, que permanece en una de las esquinas del templo, es tan viejo como la misma danza, que nadie sabe con exactitud cuándo empezó.

—Ya estaba cuando vivía mi finado padre —agrega. Lo dice despacio, y con respeto por evocar a su padre.

(Las campanas dejaron de oírse).

Por estos rumbos, la figura del mayordomo habrá de ser importante en las fiestas patronales y en la danza del Baila Viejo. El mayordomo es un veterano del pueblo conocedor de las creencias y de la religión católica. Pero habrá de ser, más allá de sus conocimientos, un hombre de fe.

La danza del Baila Viejo no inicia con la aparición de los hombres descalzos y enmascarados a medias. No. Comienza cuando el mayordomo, Nicolás de la Cruz, pone la ofrenda al señor Santiago Apóstol a los pies del altar de la iglesia. Aquí se da la apertura con el ofrecimiento de tamales, maíz y frijol, y también de hortalizas. Es el opening de todo lo que vendrá. Son las veladoras encendidas y el humo —que saldrá del sahumero— que habrá de evaporarse e impregnar la zona del presbiterio. Esto sucede unas horas antes de la danza cuando ya se repartió el pozol, la bebida hecha de cacao y maíz, en jícaras.

—Se pide por el gobierno, por los jóvenes, por la escuela —ha dicho don Nicolás de la Cruz Pérez.

Antes de que veamos la danza, leo de nuevo los apuntes de Jesús Antonio Pérez Esteban: será importante decir

que entre los grupos de bailadores participarán de cuatro a cinco ancianos. Sin embargo, en las últimas ediciones han aceptado la inclusión de niños.

Se cree que son más de trescientos sones del Baila Viejo, ya que es una danza que se ha enriquecido al pasar los años, gracias a la contribución de muchos maestros piteros (el músico que toca el pito o flauta de carrizo), y es allí donde radica su belleza y misticismo.

Anteriormente se danzaba con vestuario hecho en manta. Hoy no. Algunos lo hacen con sus ropas de civil, descalzos o con huaraches; lo hacen sólo con voluntad y ahínco.

Los danzantes se ponen una máscara de madera sobre la cabeza, unas son color madera y otras en negro. Llevan cabellos tomados del jolocín. Llevan abanicos y sonajas. Llevan gritos que salen desde el pulmón. Llevan rostros descoloridos o pálidos como el significado en náhuatl de la palabra Nacajuca. Llevan a Tucta en la sangre, como se lleva a Mazateupa, a Tapotzingo o a Guatacalca bajo el alma.

Anochece en Tucta. El bum bum del tambor y el sonido del pito es claro. Los danzantes se ponen —sobre sus cabezas— las máscaras de madera y sostienen en sus manos abanicos y sonajas, unas sonajas llamadas *chinchin* en Tabasco. El abanico estará en la mano izquierda y la sonaja (o algo parecido a una maraca) en la derecha. Así habrán de usarlo los cuatro o cinco hombres danzantes en Tucta.

Primitivo Bernardo de la Cruz ha cumplido quince años danzando. Para él, y los otros, debe contarse hasta tres para mostrar el abanico al frente, mientras se hace sonar simultáneamente la sonaja.

Antiguamente, el maíz que se sembraba en Nacajuca debía meterse en una jícara con perforaciones —por la cal que

se le echaba al grano— para evitar que las hormigas se lo comieran una vez puesto en la tierra. Como si se colara el maíz con la cal.

—Sonaban el maíz y lo ponían en la tierra.

Es decir, también la musicalidad acompañaba la siembra más milenaria de Mesoamérica. Con el tiempo, la jícara con los granos adentro se sustituyó por una sonaja.

“Lo ocupan también —la jícara con el maíz adentro— para llamar a los animales de corral” (Tomado de los apuntes de Jesús Antonio Pérez Esteban).

—¿Y el abanico?

—El abanico de petate (elaborado con hojas de palma) es para alejar a los malos espíritus y atraer las bendiciones —dice Primitivo Bernardo de la Cruz.

Efectivamente, con la mano derecha se hará la música y con la izquierda se soplará a los malos espíritus.

Para que dé inicio la danza se encienden dos cirios. Uno estará frente al altar y el otro en el centro de la iglesia, independientemente si danzarán cuatro o cinco grupos con cuatro o cinco ancianos, durante toda la noche. Todos se hincan —en esta ocasión son más de veinte— para orar y pedirle a Dios “fuerzas” para el baile que vendrá.

Hay una oración inicial y después una procesión entre el primer cirio y el segundo. En el segundo los danzantes bailarían alrededor del cirio o vela grande, misma que no puede apagarse. Debe estar encendido en las horas del rito. Al encenderse el cirio se oye un grito, el grito que habrá de repetirse por cada acto.

Pero, ¿qué significa el grito?

—Es la euforia del momento ante Dios, por la fe —dice Armando Román, otro danzante.

Por cada grupo de danzantes, hay un mayordomo, el de mayor edad. Él es y será quien dé el grito en la medida que van girando alrededor del cirio.

—Así hemos obtenido bendiciones de Dios.

Hace algunas décadas, la danza del Baila Viejo concluía a la seis de la mañana del día siguiente. No podría terminar el baile si no se derretía en su totalidad la vela grande. Ahora, el requisito no escrito es que deben resistir hasta la media noche.

—Este momento es sagrado.

—La danza no tiene pasos estéticos —afirma Armando Román, un poco cansado por el baile.

Antes —la danza— empezaba en el templo y terminaba en casa del patrón de la iglesia, agrega el periodista y locutor Román de la Cruz.

Para la doctora Miriam Judith Gallegos Gómora, profesora del INAH-Tabasco, el Baila Viejo consiste en danzar de forma rutinaria en círculos frente a un altar. Los movimientos son sencillos. Al citar a otros autores, agrega:

...el danzante marca sus pasos claramente con las piernas, mientras que gira el torso de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo. Los brazos los lleva siempre alzados cruzándolos a la altura del pecho, en general colocando la mano que sostiene la maraca sobre aquella que lleva el abanico. Alzan y bajan la cabeza cada vez que giran el torso. Cuando pasan frente al altar (o el cirio) se inclinan y emiten gritos de júbilo a intervalo...

El único que permanece inquieto durante la danza del Baila Viejo es Refugio Bernardo Esteban. Permanece sentado y apoyado en un bastón. Jura tener 83 años. Y le pregunto: ¿qué ve en los danzantes? “Me veo yo”, me dice a bocajarro. Hace cuatro años sufrió una embolia y desde entonces ya no es el mismo. Pero hace veinte años aún ganó el certamen estatal de danza por su participación en el Baila Viejo.

—Empecé a los catorce años y ahora estoy jodido.

Aquella ocasión ganó diez mil pesos por el premio, y lo compartió con María Reyes Montero Román.

Refugio se refugia en su esposa que le acompaña esta noche. Y ven con admiración a Román Bernardo, un niño y único danzante novel entre tantos viejos, unos viejos que envejecen poco: ¿Será por beber tanto pozol? ¿Será por bailar? ¿Será por las máscaras?

“Me enseñó mi papá: Seis años bailando. Siento alegría. No siento pena. Ya me acostumbré. Estudio la primara. La máscara no pesa”, responde escuetamente después de bailar entre los viejitos de Tucta y otro poco que ha llegado de Guatacalca. Es la voz del niño Román Bernardo.

Un sacerdote que ofició misa desde temprano, le predicó a los feligreses que las tradiciones deben encausarse por una sola razón: “porque hay cristianos que aprovechan las fiestas patronales sólo para hacer dinero”.

Sin embargo, no todos le escucharon. Le oyeron pero no le escucharon porque algunos estaban pensativos en las manees (tamales) que repartirían durante la danza en esta Tucta, cuyos hijos ya están dejando de hablar la lengua chontal.

Aseguran algunos danzantes que —previo al rito— “muy poco” se practica el Baila Viejo. No hay ensayos mas que para enseñar a los hombres más jóvenes que aspiran a ser viejos del Baila Viejo:

—Los movimientos son prácticamente naturales, nacen de la música y si se ha dado cuenta, la mayoría de nosotros danzamos diferente.

—Devoción ¿el requisito fundamental? —pregunto.

—Exactamente, es la base principal para esto.

—La primera vez que bailaste ¿qué sentiste?

—Más que nada, pena; porque como uno es más joven.

La madre de Benito Pérez Hernández dice que todas las máscaras del Baila Viejo están benditas, que no son desechables; que el agua bendita igualmente cubrió la cabellera hecha con jolocín, que se le parece a los hilos del maguey; que el nombre de la danza es más claro que el agua del río, y que la participación exclusiva de ancianos o noxib (en chontal) la hizo llamarse así: *del Baila Viejo*; y que uno de los primeros en hacer las caretas de madera fue el finado Fernando Isidro.

Según Margaret Harris —citada por Gallegos Gómora en su artículo “El Baila Viejo: danza y música ritual de la comunidad Yokot’an de Tabasco”— informantes de Nacajuca le comunicaron que las fiestas iniciaban con el batir de los tambores, que representaba según la población yokoyinik, un llamado al dios de la lluvia para lograr una buena cosecha.

Esta idea fue retomada varios años después por el investigador e historiador tabasqueño Jorge Priego Martínez, aseverando que el Baila Viejo es una danza propiciatoria donde los ancianos de la comunidad fungen como “petitionarios” por ser los individuos más sabios y dignos de respeto, lo que les daba la facultad de ser escuchados por la divinidad.

En el templo los gritos se asemejan a los de una tribu amerindia. Los danzantes se muestran como son: hechos de

maíz y abundante devoción. Se enseñan y enseñan a los que miran con atención lo que hacen. Giran alrededor del cirio, y dan vueltas y vueltas en torno a la gran vela, sin mostrar cansancio, pese a que esta vez sudan y sudan cada vez más, mientras que el reloj avanza y la vela se va derritiendo, derritiendo y se derrite, en el poblado de Tucta, con todo y el bum bum y los gritos.

Un poco después de la media noche, los danzantes concluyen, los cirios se apagan. Cada quien retorna a casa: Todos se van a descansar, lo mismo que las máscaras, los tambores, el maíz, el petate y el tunkul.

Y el silencio de la noche cobija a la comunidad de Tucta, que duerme y duerme y sueña su sueño viejo y su baile viejo, hasta el próximo año, “si Dios quiere”.

La danza de la eternidad, la legendaria batalla entre David y Goliat en Cúlico

Es medio día en Cúlico, y los relojes y el calor lo saben. En los siguientes minutos se escuchará el repique de tambores y se abrirá una puerta artesanal por donde habrán de aparecer los danzantes enmascarados.

En el atrio de la iglesia se ha hecho un círculo y una feligresía se muestra ansiosa porque en breve escenificarán la eterna lucha “entre el bien y el mal”.

Hace calor en estos rumbos de Cunduacán, Tabasco. Las poquísimas nubes no propician sombra, y por esta razón emergen, entre la multitud, paliacates, sombreros y sombrillas. Los abanicos, movidos por mujeres, buscan contrarrestar el calor infernal, pero estos sólo avientan una masa de aire caliente sobre sus caras. El sudor se escurre y cae en el pavimento.

Se oye el primer golpe de tambor. Se escucha un repique seco a cargo de un hombre vestido de blanco y paliacate rojo al cuello.

—Allá vienen —grita una mujer de tez morena— y todos miran la fila extendida de danzantes enmascarados que se acercan al atrio de la ermita cuya patrona es, para los habitantes de Cúlico, la Inmaculada Concepción de María.

Es jueves ocho de diciembre, y en los alrededores del templo se ha formado un círculo humano, para mirar una vez más a David y Goliat, la danza religiosa que mantiene

su carácter y esencia, porque los más viejos continúan enseñando el valor de ésta y de sus otras tradiciones. Alguna vez aquí se habló una lengua originaria: ya nadie lo recuerda.

En jícaras se sirve el pozol con cacao. Se ofrece la bebida ancestral ante el paso de los danzantes que cruzan la puerta de la iglesia e irrumpen en el pasillo central, se dejan caer arrodillados ante la imagen de la Inmaculada, a quien veneran desde hace siglos, a orillas de este río que crece entre septiembre y noviembre, y desborda en algunos tramos.

Los hombres cubiertos con máscaras de madera y pelos de jolocín, permanecen en silencio, como pidiendo permiso a la patrona para comenzar el rito de la danza. Los tamborileros y el pitero, un flautista concentrado, han guardado silencio ante el momento a solas con la virgen.

A los más pequeños, la presencia de los danzantes causa asombro. En tanto para los adolescentes-estudiantes, es la oportunidad de fotografiar cada momento o el de compartir en vivo el desplazamiento de los enmascarados. Se rompe el silencio con un nuevo repique, y el mismo sonido de la flauta de carrizo nos van indicando el comienzo del primer acto: la pelea entre el arcángel San Miguel, apoyado por el rey David, y el capitán Luzbel.

Durante la próxima hora, los observadores prestarán atención a los dos últimos actos: el rey David venciendo al lagarto o dragón, quitándole la cabeza y mostrándosela al pueblo; y la derrota del gigante Goliat a manos del joven y rey David.

En la medida en que los danzantes se enfrentan con lanzas, los asistentes fijan sus miradas en la pasión ejercida por el niño que esta vez representa al lozano David.

—Veo mucho fervor entre los danzantes —dice con fuerza y empuñando la mano derecha, Modesto Badal García, un nativo de la comunidad.

Los pobladores de Cúlico aseguran que la danza, según la tradición contada y vuelta a contar por ancianos a los más

jóvenes, comenzó en el siglo XVII. Sin embargo, es difícil establecer una fecha que se aproxime al comienzo de esta tradición.

El niño que hace el papel de David desplaza un par de paliacates de izquierda a derecha, y viceversa, y esto genera que podamos escuchar los cascabeles que están atados a sus tobillos. Los paliacates rompen el aire como alas de pájaros; el aire se separa y se vuelve a unir.

El David-niño no mira a sus paisanos de Cúlico, y menos a los visitantes de poblaciones cercanas como Anta y Hui-mango, que también forman parte del círculo que contempla la danza. Pese a ser el único de los danzantes que no porta máscara de madera con pelos hirsutos de jolocín (corteza usada para mecate), se ha interiorizado en su papel y sigue bailando como el David-bíblico “que hasta piruetas hacía frente a dios”, de acuerdo con el segundo libro de Samuel.

En Cúlico, la danza de David y Goliat se realiza los días siete y ocho de diciembre. Su concepción es religiosa y por ser religiosa se suspendió en los años que Tomás Garrido Canabal gobernó Tabasco, entre 1919 y 1934. Esta sequía o ausencia de baile se prolongó hasta mediados del siglo XX.

—En una danza bíblica, religiosa y simbólica —dice Ramón Gómez López, un danzante (Goliat) que eligió ponerse la máscara porque lo aprendió de sus tíos, primos y hermanos.

—Le debemos todo a nuestros ancestros que nos enseñaron el baile, el son, el sonido de tambores y flautas —continúa diciendo.

—¿Qué se necesita para ser danzante? —le pregunto mientras extendiendo la mano para tocar una de las máscaras.

—Entusiasmo y ganas de participar.

Los veintidós danzantes, cuyas edades van de los once a los treinta y nueve años, asumen distintos roles: el rey David, el arcángel San Miguel, el Santo, capitán Luzbel, Dragón o Lagarto, Goliat, soldados y garrabaceros (es decir, negritos o esclavos).

—Afortunadamente la danza atrae a mucha gente y vienen por la forma en que nosotros la interpretamos; lo que bailamos es real y nos golpeamos de verdad —afirma Gómez López.

En la víspera del ocho de diciembre, los danzantes sahúman todas las máscaras, lanzas, rifles, instrumentos musicales, caballos e indumentarias; es un ritual antiguo y necesario para bendecir cada uno de los objetos que se usan durante esta danza que ha atraído a académicos, antropólogos, investigadores y periodistas.

(Los enmascarados continúan en el atrio de la iglesia; el combate entre las fuerzas del bien y el mal se lleva a cabo con gran intensidad, y ya pasean la cabeza del lagarto, que ha cortado David, entre el júbilo de la concurrencia. En ningún acto David usará la onda, instrumento indispensable en el relato bíblico para vencer al gigante Goliat).

Por cierto, con los años aquel celo por la danza se ha ido perdiendo. Ésta no podía llevarse a otros lugares, pero sus danzantes ya han visitado Acapulco, Guerrero, otros estados del sur y municipios de Tabasco, sólo llevando máscaras-réplicas porque las originales nunca saldrán del antiguo Cúlico. Lo indica la tradición y lo avalan sus viejos.

—La danza no salía del pueblo.

—Los danzantes no dejaban que nadie los entrevistara.

—No permitían que grabaran o les tomaran fotos a las máscaras.

—Porque los antepasados eran muy celosos —reitera Gómez López.

(La cabeza verdosa y decapitada del lagarto muestra sus dientes al compás del sonido de la flauta y los tambores. Se oye un grito multitudinario porque las fuerzas del bien siguen venciendo a las malignas, como dicta el mismo guion).

Jair Antonio Chan Gutiérrez, estudiante universitario y originario de Jonuta, fotografía a cada uno de los danzantes en distintas perspectivas. Esta vez, con su teléfono, atrapa la imagen de unos garrabaceros o negritos acercándose a las mujeres que siguen haciendo el círculo, como emulando a aquellos soldados de la historia bíblica que rodearon a David y Goliat, protagonistas de aquella batalla registrada en el Antiguo Testamento. En otras épocas, Jair habría tenido problemas con los ancianos de la comunidad ante su deseo de registrar esta danza. Por lo pronto, sabe que volverá a Jonuta para contar lo que aquí ha visto y para mostrar las fotos.

Al estudiante universitario le sorprende la historia alrededor de la danza: la llegada —por río— de un baúl repleto de máscaras y ropas, objetos que deberían usarse para honrar y venerar a la Inmaculada a través del baile autóctono.

Candelaria Torres Hernández es una conocedora de la danza David y Goliat. Su padre José Ives Torres Hernández no sólo le transmitió saberes y tradición, sino un amor profundo por el baile de sus ancestros, mismo que sigue inyectando a los pobladores de Cúlico, a quienes recuerda “el valor y la riqueza” de la danza.

—La niña (la virgen de la Concepción) llegó con sus juguetes. Así se danzó para ella.

La virgen, como el baúl, llegaron a Cúlico a través de una embarcación. En un arcón, cuando fue abierto, hallaron máscaras y vestimentas. Una de las máscaras que más sorprendió fue la de Goliat, por ser grotesca: ¿En qué año pasó esto? Nadie sabe con exactitud.

Sin embargo, la careta grotesca se perdió en un accidente. Candelaria Torres Hernández, basándose en lo que escuchó de su padre José Ives Torres y de Lucas García, ambos impulsores de la danza a mediados de los años sesenta del siglo XX, aseguran que el baúl —guardado en un tapanco en tiempos de creciente— fue abierto por unos niños, quienes al ponerse

las máscaras, entre ellas la de Goliat, asustaron a su hermana “provocándole calentura” y que cayera en cama. El papá, enojado por la situación, “tiró la máscara al río, y se perdió”.

—Mi papá decía que teníamos raíces, una historia. Él casi siempre representó al lagarto o dragón.

Esta pérdida de máscaras fue irreparable. Por esta razón, los señores Torres y García retomaron la danza en 1960, hicieron las gestiones pertinentes para construir réplicas de máscaras perdidas, rotas, así como la elaboración de nueva indumentaria. Algunas réplicas se hicieron en Chiapas y otras en Nacajuca. Las originales, siete en total, se guardan junto con las otras en un baúl que permanece en el templo de la comunidad, y que se abre anualmente.

—Las cabelleras se han ido restaurando, así como rifles y lanzas —ya nos había dicho Ramón Gómez López en el comienzo de la danza.

Atesorando los recuerdos de la infancia, Candelaria Torres rememora a los paisanos que no permitieron la mortandad de esta danza: al señor Miguel Adorno (siempre en el papel de Goliat) que guardó los pedazos de vestuarios, junto con Jesús de la Cruz Hernández, y que sirvieron de modelo para hacer trajes nuevos; a Pedro García, otro de los cuidadores de la indumentaria y en cuya casa se ofrecían capones en caldo a los danzantes; a los tamborileros y piteros, Rafael García, Benito Bolaina, Isidoro Bolaina, Benancio García, Santiago García y Saturnino Arias Hernández; a su tío Bernardino Torres, otro de los Goliat en el pueblo; a Santos Hernández, mayordomo de la danza; y a Laura Ocegüera Olvera, que en los años ochenta dio su apoyo a través de las oficinas del Instituto Estatal de Cultura y del Museo de Cultura Popular para el fortalecimiento de la danza, con la adquisición de vestimentas.

(Goliat está perdiendo la batalla en el concreto del atrio. David empuña con fuerza la lanza negra que está encintada con un listón verde).

—Anteriormente se vivía con ahínco y cada danzante se metía más en su personaje —dice Candelaria Torres, al pedir a los jóvenes investigar sobre los orígenes y esencia de la danza, para evitar que ésta se distorsione ante tanta contaminación visual.

—Hubo un tiempo en que la danza no sólo se veía en la iglesia, sino en las casas donde se rezaba. Todo esto cambió, pero la danza sigue fiel a su origen, y corre por nuestras venas —señala al recordar a su hermano Carlos Torres quien siguiendo las raíces familiares fue danzante en el papel de capitán Luzbel.

(En la pequeña plancha de concreto, el griterío —entre aplausos— se oye con cierta intensidad. El gigante Goliat cae, derrotado a manos de David. Así concluye el último acto o “pasada”, como se le dice en las crónicas y ensayos académicos y antropológicos).

Cuando cae la tarde y el calor se siente con menos agresividad, los danzantes se retiran y cruzan la puerta artesanal para depositar en el altar, máscaras, instrumentos y vestimentas. Agradecen la intercesión divina por la oportunidad de haber bailado en honor a la patrona. Poco a poco se van quitando los paliacates y cascabeles, y se organizan para lo que sigue: asolear las máscaras durante una semana, lavar las indumentarias y entregarlas para su resguardo en el baúl que está en la iglesia.

En Nicaragua se vive El Gigante, una danza religiosa que se realiza en honor a San Sebastián, en el municipio de Diriamba, departamento de Carazo. De esto dan cuenta la historia y el periodismo. Con sus marcadas diferencias, tanto El Gigante como David y Goliat, de Cúllico, son danzas que atraen como imanes a mucha feligresía y promotores culturales.

Sobre el baile religioso en Cúllico, Cunduacán, población con más de mil 600 habitantes, se han escrito libros como:

David y Goliat de Cúlico, más que una lucha una tradición, publicado por el gobierno de Tabasco; “David y Goliat: el eterno conflicto entre el bien y el mal”, en la obra *Las danzas de conquista, I México contemporáneo* (1996), un ensayo amplio y sólido a cargo del investigador Miguel Ángel Rubio; así como el artículo académico “Entre santos y cocodrilos. Acercamiento a dos actividades en Tabasco y Guatemala”, de Teri Erandeni Arias Ortiz, de la Universidad de Bonn, publicado en 2009 por la revista *Península*.

* * *

De la casa en donde han depositado caretas y vestuarios, se asoma Ramón Gómez López. Está cansando y satisfecho porque la danza sigue firme, en pie. Antes de que anochezca en Cúlico, pueblo originario localizado a unos 40 kilómetros de Villahermosa, le pregunto:

—¿Hasta cuándo se es danzante?

—Hasta donde nos toque.

—¿Y tu hijo?

—Estará aquí si él quiere, si esa es su voluntad; pues se nace danzante y cada quien lo descubre —sentencia, y de reojo ve a su hijo que mueve los pies, como buscando un impulso.



DEPARTAMENTO
editorialcultural

Lic. Guillermo Narváez Osorio
Rector

Dr. Luis Manuel Hernández Govea
Secretario de Servicios Académicos

Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Mtro. Fredys Pérez Ruiz
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de editar el 17 de abril de 2023, Villahermosa, Centro, Tabasco, México. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Jaime Ruiz Ortiz, el autor y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



Biblió
fagos



UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO

“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”



ALTAZOR
EDICIONES



9 1786075 1938127



9 786076 066294

COLECCIÓN

JOSÉ PAGES LLERGO

Comunicación y Periodismo